

Escritor, crítico y traductor

La voz española de Carver

El autor y profesor del Instituto de la Laboral acaba de publicar una exitosa y elogiada versión de la poesía completa del “Chéjov americano”

J. L. ARGÜELLES

Un compañero del piso universitario en el que vivía Jaime Priede de la Huerta en 1990, cuando estudiaba Filología Española en la Universidad de Oviedo, se presentó una mañana con una antología de Raymond Carver y una versión propia del poema “Miedo”. Han pasado casi treinta años, pero una luz mantiene vivo ese recuerdo. Empezó allí una estricta relación literaria –y de admiración volcada en el trabajo– que ha tenido su ápice en la reciente publicación, en Anagrama, de “Todos nosotros”. Un volumen bilingüe, en español e inglés, de más de 640 páginas con la poesía completa del llamado “Chéjov americano”. El libro, un regalo para los muchos lectores del maestro de la narración breve, ha entrado en la lista de los más vendidos. Un signo para la esperanza.

El traductor del poeta Carver (el escritor estadounidense fallecido en 1988 escribió versos siempre, antes incluso de consagrarse con sus cuentos de precisión), o sea, Priede, no ha engordado un gramo desde aquella mañana con algo de epifanía para letraheridos. Sigue filiforme y con el pelo negro, dividido en dos revoltosas mitades. Pero sus traducciones se han convertido en una referencia para quienes miran hacia la poesía norteamericana en busca de una revuelta, de otra cosa distinta a los usos retóricos de la lírica española. Ahí están, en este sentido, sus versiones de C. K. Williams, Anne Michaels (canadiense), Mary Jo Bang, Robert Hass, Ginsberg, Edgar Lee Masters y su imprescindible “Antología de Spoon Ri-

Estudió Filología Hispánica, pero empezó a traducir del inglés para saber qué cantaba Leonard Cohen

Ha sido un enseñante nómada que ha escrito poesía, ensayo, novela y crítica literaria



ver” o Hart Crane. Y también prosa de Poe o de Berger.

Priede, que nació en Sama de Langreo en 1965, llegó a la traducción por el gusto de poner en castellano las canciones de Leonard Cohen. Y llegó a la Filología después de dudar si matricularse en Psicología. Iba en su vespa, “Lady Pepa”, cuando el sobre con la documentación para cursar esta última carrera cayó en un charco. Esa circunstancia decidió su futuro como traductor, escritor, crítico literario y profesor.

De Sama, recuerda el parque Dorado y que allí fue feliz jugando al fútbol. Como a Camus, le gustaba la posición de portero. Al contrario que su hermana Elena, que le saca cuatro años y es bióloga, no fue un lector precoz. De aquella infancia en las Cuencas, a la vera del Nalón, hay pasajes en

la única novela que ha publicado hasta la fecha, “Un buzo en el bosque”. Un mundo truncado a los diez años, cuando la empresa traslada a Oviedo a su padre, el ingeniero José Antonio Priede.

Mudanza también escolar: Jaime pasó del colegio público Gervasio Ramos a los dominicos. Y un cambio que hoy recuerda como una ruptura un poco brutal con los años felices de Sama. La notas empeoraron y le costó hacerse al trato de los nuevos compañeros. Una situación que empezó a mejorar en los últimos cursos, metido en una adolescencia en la que comenzó a brotar la afición por la literatura. También sintió atracción por el periodismo. Cuando hacía COU, le pusieron al frente de la revista del centro. La publicación llevaba un título muy acorde con aquellos

tiempos de Transición y transiciones: “Degeneración del 79”. Gana un premio literario de 30.000 pesetas de las de entonces y merca a “Lady Pepa”, de tanto recuerdo.

Frecuentaban las aulas de la vieja Facultad de Filología, en la plaza Feijoo, alumnos brillantes que se convertirían con los años en elogiados poetas, traductores, profesores, teóricos... Xuan Bello, Berta Piñán, Vicente Duque, Jordi Doce, José María Castriellón, José Luis Piquero, Pelayo Fueyo o José Manuel Cuesta Abad. Antón García, unos años mayor, proyectaba su sombra tutelar sobre aquellos jóvenes que frecuentaban el “Cundo” o el “Dharma” y recitaban a Eliot.

Priede, que no había sido un niño lector, multiplicó a partir de los diecisiete años la ingesta de libros en busca del hilo de oro de la literatura: de León Felipe a Cavafis, pasando por Pessoa; y del “Ulises” de Joyce al Henry Miller de los “Trópicos”. Y el primer libro de Peter Handke, una pasión sostenida hasta ahora mismo. Lecturas atentas y sin prejuicios. Y una ventana hacia la poesía inglesa. Viajes a Londres e Irlanda. En 1989 publica “Otra luz”, una “plaquette” con versos propios en “Ambitu”. Escribía alternativamente en castellano y asturiano. Vendría después otro cuaderno con poemas en la colección “Heracles y nosotros”, dirigida por Nacho González. Y se embarca en una propuesta editorial, “Nómadas”.

En 1996 fija su residencia en Gijón. Un año antes empieza a dar clases de Literatura y Lengua en el Instituto de Cangas del Narcea. Priede se convierte en algo así como un profesor itinerante por distintos centros asturianos: Luarca, Nava, Infiesto, Pola de Allende, Salas... Lleva veintitrés años en la enseñanza y ha pasado por trece institutos. Y eso que estuvo una década en el avilesino Menéndez Pidal. Imparte ahora magisterio en el Instituto de la Laboral. Su mujer, Gemma, es también profesora (de Música). Tienen dos hijos: Mateo y Nicolás, de quince y trece años, respectivamente.

El nuevo siglo empezó para Priede con la publicación en Deva, la elegante colección del Ateneo Obrero de Gijón, del poemario “El coleccionista de tarjetas postales”. El editor de Bartleby, Pepo Paz, le llamó en 2004 para publicar traducciones de poesía americana. Ambos entraron en contacto con Tess Gallagher, la viuda de Carver. De aquella conversación salió la traducción de una primera antología carveriana de la que se vendieron seis ediciones. La editorial creció. Y también el traductor. Y, por supuesto, el escritor. Publica las singulares prosas ensayísticas de “Dejad que baile el forastero”.

No es Priede, que dirigió “El Cuaderno” y hace crítica en el suplemento “Cultura” de LA NUEVA ESPAÑA, traductor por encargo. El motor de ese trabajo es la empatía. Y afirma que es innegociable el respeto al original.